

Charla entre José Luis González Vera y Felipe Benítez Reyes sobre el artículo periodístico

J.L. -En tu conferencia, has mencionado a César González Ruano como uno de los articulistas que tuvo las ideas claras acerca de su oficio; cuando tú comenzaste con los artículos, ¿tenías las ideas definidas de hacia dónde ibas, o de qué modo tenías que escribir?

F. -Hombre, yo creo que el oficio de articulista es como cualquier otro, se va aprendiendo, tiene su rodaje; uno tiene claro qué va a hacer, lo que tiene que aprender es cómo hacerlo. Recuerdo que, al principio, los artículos quedaban muy largos, o muy cortos, con la agravante de que, entonces, no existía el ordenador y había que medirlos a ojo; siempre terminaba tachando. Lo importante es cuando tomas la idea espacial del artículo; vas creando un criterio selectivo de argumentación; vas aprendiendo a ver lo que es importante y a desprestigiar lo superfluo.

J.L. -Tener el espacio acotado es muy importante. Yo lo discutía hace poco con Carlos Marzal, que está escribiendo artículos en Valencia; él me decía que necesitaba mucho espacio; yo le respondía que no. Para mantener al lector enganchado a lo que estás diciendo, no puedes hacer un sesudo ensayo, porque llega un momento en que lo pierdes por aburrimiento. La tensión es importante. Puede ser muy interesante para una revista, pero no para un artículo semanal o diario en el que intentas atraer al lector hacia tu visión personal de la realidad, sea en artículo de opinión o literario. Tú, mayoritariamente, publicas artículos literarios, intemporales y divertidos.

F. -Yo he hecho articulismo de opinión y de actualidad, por conmoción; es decir, cuando ha estallado una guerra, o un suceso que impresione a todos, por más que sepas que te sumas a una corriente mayoritaria; no puedes esquivar un asunto así, tienes que escribir sobre eso, aunque los demás también incidan mañana sobre lo mismo.

J.L. -Estamos condicionados.

F. -Efectivamente. Ante el estallido de la guerra de Irak, yo no puedo escribir sobre los abedules que florecen. Ahí, el articulismo tiene una parte de desahogo emocional; aunque sea un puro testimonio; al menos, queda clara tu postura sobre un hecho que afecta a todos. No puedes defraudar al lector.

J.L. -Nunca hay que perder de vista que estamos escribiendo para un medio de información. Ante un hecho trágico, por más que tengas que desmontar el artículo que hayas escrito sobre otro tema, estás obligado a hacerlo, porque el lector, cuando compre tu periódico, espera encontrarse precisamente una interpretación sobre lo que acaba de suceder. De todos modos, yo creo que los medios, en general, debido a esta gran competencia que se ha establecido entre ellos, se están escorando hacia los artículos de opinión en detrimento de los literarios; pienso que se puede guardar un equilibrio entre ambos, y que los lectores pueden buscar los dos. No obstante, en un medio local, considero lógico que la opinión ocupe un espacio que, de otro modo, no estaría cubierto por la prensa nacional.

F. -Yo creo que el espacio para la divagación, para la invención caprichosa también tiene su razón de ser; un periódico tiene muchas páginas y no todo lo que en él aparezca tiene por qué ser esclavo de la actualidad. El periódico también tiene un margen de intemporalidad.

J.L. -Me pido otro cubata.

F. -Yo una cerveza. (Una preciosa camarera con maquillaje punky y uniforme blanco impoluto, con pajarita granate, nos atiende. Felipe da un sorbo pequeño a su jarra, fija la mirada en un punto y habla, como si hubiera encontrado su partitura en el vacío). El periódico no es el universo sólo de lo inmediato, de lo que acaba de ocurrir; también, de

algo que está fuera de la actualidad, y que, en principio, es anacrónico por esencia; eso también encuentra sus lectores y halla su lugar.

J.L. –Además, esos artículos literarios son los que le acaban dando un prestigio longevo a un periódico.

F. –Lo importante, desde luego, es que los responsables del periódico confíen en sus articulistas e, incluso, en los bandazos que da el articulista. Hay veces, en que uno borda un artículo de opinión pero, a la semana siguiente, te sale bien una digresión sobre los asuntos más peregrinos que se te puedan ocurrir. Yo creo que la libertad es fundamental; el que tu medio te permita escribir sobre cualquier cosa y que no te condicione el tema. Una de las funciones del articulista, también es la de distraer al lector.

J.L. –Claro, para elaborar el artículo, hay que buscar el detalle que te lleve a un punto no evidente entre el mare mágnum de la realidad. El articulista debe dar a su texto, al menos en teoría, una profundidad que le permita escapar del paso del tiempo. Pero, eso es muy difícil. Tú puedes tener tres o cuatro ideas bien consolidadas acerca del mundo, las demás las elaboras al dictado de lo actual y, encima, hay que estructurar una opinión que no sea la de un enterado de barra que da la vara a la clientela.

F. -Sobre todo, hay que tener mucho cuidado con la vanidad, con el estilismo moral, es decir, yo soy muy buena persona, muy honrado y el secreto os lo voy a contar. El artículo, cuando está sujeto a la realidad, tiene que ser argumentativo de la realidad y enriquecedor; no puede limitarse a decir lo estupendo que eres porque estás en contra de la guerra, de la muerte, o de la miseria. Todos lo estamos, es lo normal. El artículo no puede basarse en eso, debe tener un punto de argumentación sobre el que se apoye. En asuntos que afecten a la moral colectiva, hay que tener una postura analítica, no una simple foto para la galería. Eso es narcisismo ético. Incluso interesado, del tipo: miren que bueno soy, vayan a comprar mi novela; por ejemplo.

J.L.- Esa tentación de usar el periódico para otras cosas, siempre está ahí. Yo, de mi vida, sólo cuento los episodios ridículos, porque sé que el lector se va a reír. Oye, ¿a ti te gusta escribir artículos?

F. –Mucho.

J.L. A mí también.